

TEOLOGÍA

Claudio DALLE COSTA, *El misterio de la comunión de los santos*, San Pablo, Madrid 2022, 225 pp.

Empecé a leer este libro con verdadero interés, deseoso de leer una obra actualizada sobre este misterio tan desconocido y a la vez tan importante, del que hay tan pocas referencias bibliográficas; pero a medida que iba avanzando en la lectura fui perdiendo interés, por no encontrar en ella lo que deseaba. Tanto el Prefacio, a cargo del Padre Serafino Tognetti, como el prólogo, ya de Claudio Dalla Costa, despiertan el deseo de adentrarse en la lectura y, por medio de ella, profundizar en este misterio. Dice Serafino Tognetti que este es un libro de humor, de amor, de profundidad, de verdadero consuelo espiritual. Califica al libro, incluso, de “peligroso”, porque supone una continua invitación a introducirnos en el fuego de lo que significa esta comunión; sin embargo, a medida que se avanza en la lectura uno teme perder el norte, introdu-

ciéndose en contenidos e ideas que, sin llegar a decir que son anteriores al Vaticano II, sí se sitúan en el terreno fronterizo entre la fe adulta y la credulidad, de una tendencia no solo muy conservadora, sino también muy discutible en el contexto teológico actual: el modo de entender y de presentar los milagros, el sentido que da al concepto de suplencia, la concepción del bautismo o de la eucaristía, el sentido redentor del sufrimiento, que, tal y como dice, no tiene nada que ver con un masoquismo morboso, pero que no sé hasta qué punto llega a diferenciarlo claramente... La idea de sacar almas del purgatorio mediante ofrendas de sufrimiento... El papa Benedicto XVI escribió, hablando de la devoción a las almas del purgatorio: “En esta devoción había sin duda cosas exageradas y quizás hasta malsanas” (p. 67). Y Claudio Dalla Costa aboga por vivir esta de-

voción de una forma sensata y con sentido para nuestros días. Y realmente lo intenta; pero en conjunto, no sé si el libro lo consigue.

Claudio Dalla Costa es consciente de que la comunión de los santos es una realidad de la que cada vez se habla menos. Y, sin embargo, dice en el prólogo: “la comunión de los santos es una de las realidades más extraordinarias que existen y la impregna una gran corriente de amor, capaz de superar todas las barreras del tiempo y del espacio, haciendo que los hombres de todos los tiempos sean en realidad contemporáneos de Cristo. Uno de los dones más grandes que Dios ha hecho a la humanidad es precisamente esta realidad que hace que los hombres constituyan un solo cuerpo” (p. 15-16). Ante esta afirmación, desde luego, uno esperaría algo más sólido que lo que se ofrece en este libro.

El autor parte de una definición de Yves Congar: “La comunión de los santos está formada por las relaciones profundas y misteriosas de todos los fieles en Cristo” (p. 19). Y a lo largo del libro se intenta clarificar lo que pueden significar estas palabras de las que, en un determinado momento, se dice que pueden parecer “una fábula poco creíble”. Con todo, en ningún momento se oculta que, aun siendo un misterio de difícil comprensión, y más en nuestros días, es un misterio de profunda riqueza espiritual, porque, tal y

como decía Pablo VI, “la muerte interrumpe la comunicación, pero no la comunión”.

Desde estas notas introductorias, se ahonda profundamente en el significado de la oración, y concretamente la oración de intercesión, en el sentido de la vida contemplativa, tan cuestionada actualmente por muchas personas, incluso creyentes. Su oración callada, y el conjunto de su vida, es una forma de vivir la comunión de los santos, pero para aceptarlo hay que salir de la lógica del hacer y del pragmatismo y captar la profundidad del ser. Otra de las grandes líneas de reflexión del libro es la de ampliar la comprensión de la salvación, que se entiende no solo de modo individual, en una especie de “sálvese quien pueda” de tipo egoísta, sino que se abre también a un sentido de comunión y solidaridad, al que nos abre la comunión de los santos.

Son muchas las referencias a autores, algunos muy conocidos, pero la mayoría desconocidos por el gran público, de distintas confesiones cristianas y de distintos períodos históricos: Silvano del Monte Athos, Divo Barsotti, Teresa de Calcuta, Marcel Clément, Vladimir Ghika, Sto. Tomás Moro, San Gregorio de Narek, Juan Miguel Garrigues, Jean Guitton, Bruno Moriconi, Gregorio de Nisa, Sta. Catalina de Génova, el padre Zundel, el Cura de Ars, Jacques Maritain...

Considero que el capítulo más clarificador y de una teología más iluminadora, más aprovechable y con más sentido, es el primero. Los siguientes están más centrados en aspectos experienciales, a partir del testimonio de vida de determinadas personas que han vivido con fuerza

aspectos concretos de la comunión de los santos (segundo capítulo) o la experiencia espiritual de Sta. Teresa de Lisieux y su influencia en la Iglesia.

Esteban de Vega

Card. Mario GRECH – Dimitrios KERAMIDAS – Piero CODA – Susana NUIN y otros, *Una Iglesia que discierne*, Ciudad Nueva, Madrid 2022, 156 pp.

Este libro forma parte de la colección *Ekklesia* que surge del esfuerzo por secundar una llamada del papa Francisco que invita a promover una Iglesia de puertas abiertas, en salida, que se abre a la ciudad y sale a las calles para evangelizar, para dialogar con todo hombre. A su vez pretende promover la interacción entre la dimensión carismática, la visión local (diócesis y parroquias), para contribuir a un estilo sinodal de Iglesia que sepa dar valor a la aportación de todos sus componentes y vocaciones.

En este número 10 de la colección se afronta el tema de *la Iglesia que discierne*. Si la sinodalidad vive en el “más allá” del Espíritu Santo, entonces deberá ser una Iglesia que discierne; una Iglesia que no tiene miedo. Esta se convierte realmente en pueblo peregrino de Dios y sacramento universal de salvación, luz para las naciones y esperanza de la Humanidad, que también está en camino.

El director de esta colección, Hubertus Blaumeiser, profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, afirma en el prólogo que, en este cambio de época, hay que dar vida “no a otra Iglesia, sino a una Iglesia diferente. Esto mismo lo recordó el papa Francisco el 9 de octubre de 2021, citando a Yves Congar. Ante el próximo Sínodo de 2024- sobre la Sinodalidad, estamos ante el evento eclesial más importante y más decisivo desde el Vaticano II hasta aquí.

El papa Francisco en la homilía de la misa de apertura del sínodo (2021), condensó en tres verbos lo que se ha de hacer: encontrar-escuchar-discernir. El proceso sinodal es un evento de encuentro, en el que dejarse interpelar por el rostro y la historia de los otros, por sus inquietudes y sus preguntas, sin temor a emplear tiempo. En este proceso sinodal es necesario el ejercicio de la escucha que deber ser realizado con corazón y no sólo con los oídos, dejando libre al otro, sin juzgarlo ni

recurrir a respuestas prefabricadas. También es necesario el ejercicio del discernimiento espiritual y eclesial para captar, a la luz de la Palabra de Dios, lo que el Espíritu Santo quiere decirnos y adonde nos quiere llevar.

Para el Cardenal luxemburgués y jesuita Jean-Claude Hollerich, relator general del Sínodo de Obispos, una Iglesia sinodal es una Iglesia relacional, una Iglesia de encuentro. Cuando caminamos, alguien tiene que elegir la dirección del viaje. Este papel le corresponde al Espíritu Santo (p. 10). Conocemos estas formas de proceder: a veces, como en Pentecostés, se manifiesta y llena nuestro corazón de alegría y claridad, una claridad que ilumina y define nuestro camino. Mucho más a menudo nos deja dirigir nuestro camino con pequeñas piezas de un rompecabezas con muchos colores que vienen de todos hermanos y hermanas. Así tenemos ante nosotros un deber de discernimiento; tenemos que elegir las piezas adecuadas unas tras otra, con la partición de todos. Es un gigantesco rompecabezas en el que todos pueden participar, especialmente los más pobres, los que no tienen voz, los que están en la periferia. Si excluimos a cualquier jugador, el rompecabezas no estará completo.

El Cardenal Mario Grech, secretario general del Sínodo reflexiona sobre “El Sínodo como evento del Espíritu. La tercera persona de la Trini-

dad es aquel que nos conduce más allá. Más allá de nuestros prejuicios y miedos, más allá de nuestras resistencias y divisiones, más allá de nosotros mismos y de nuestra misma edad. El más allá es siempre Cristo y el Reino oculto en el misterio (p. 15). Si no está el Espíritu, no hay Sínodo ni Sinodalidad.

El teólogo ortodoxo Dimitrios Keramidas, profesor de ecumenismo y teología ortodoxa en la Universidad de santo Tomás de Aquino en Roma, reflexiona sobre “El consenso de los Padres. Un acercamiento ortodoxo al tema de la Sinodalidad”. Para entender la concepción ortodoxa de la Sinodalidad, es necesario comprender la constitución de las Iglesias ortodoxas. Cada Iglesia ortodoxa es erigida sobre el principio de “territorialidad” y goza de una autonomía pastoral y administrativa interna. Al mismo tiempo, a nivel general, está vinculada por el principio de sinodalidad en cuanto a la proclamación de dogmas o a la aplicación de normas y prácticas comunes, en cuanto prevalece la autoridad normativa de los Concilios Generales.

“La Iglesia es sínodo”, escribía san Juan Crisóstomo. Sin la realización sinodal, la Iglesia no existe como “una” y “católica”. Una Iglesia asinodal tiende a privilegiar una fe de timbre individualista, sujeta a intereses y opiniones individuales. Keramidas hace suya lo que dijo

el patriarca ecuménico Bartolomé en su discurso al Concilio de Creta (2016): “la atrofia de la institución sinodal a un nivel panortodoxo contribuye al desarrollo de un sentimiento de autosuficiencia dentro de las Iglesias, y a veces secunda tendencias introspectivas y auto-referenciales: un sentido de “no te necesito” (p. 24).

Otro aspecto importante en la tradición ortodoxa es el vínculo estrecho entre sinodalidad y la Eucaristía. Un (sínodo de obispos) es, en sustancia, un acto litúrgico. Así como en la divina liturgia (en la celebración eucarística) se constituye y se revela, en el contexto de una comunidad concreta, la Iglesia local, así en el Sínodo, en el cual todas las Iglesias locales se reúnen y caminan juntas, se constituye y se revela la Iglesia universal. La Ortodoxia ha considerado siempre la Eucaristía como modelo de la organización sinodal: el obispo (como cabeza) y los presbíteros junto con los diáconos y el pueblo (como cuerpo) celebran juntos su unidad en la fe. El obispo es también aquel que representa la unidad de su comunidad a las otras Iglesias. Sin la experiencia eucarística, la sinodalidad pierde su carácter eclesial y corre el riesgo de transformarse en una reunión de encargados de asuntos religiosos.

Respecto a la sinodalidad, la Ortodoxia reclama a menudo el “Canon

apostólico” 34 (una norma legislativa del siglo IV de origen oriental, sobre las relaciones entre las Iglesias) para indicar la interacción entre el “primero” de un sínodo y los demás miembros que la componen. El canon exhorta: “Los obispos de cada nación (territorio) han de conocer a su primero y seguirlo como jefe y no hacer nada sin su parecer de todos”.

De ahí se deriva que la sinodalidad se modela según la comunión trinitaria y la primacía según la pateridad. Es imprescindible reconocer al primero de las asambleas sinodales porque el Padre solo es uno (por eso no se prevé ningún tipo de copresidente o coprimado, porque no existen dos ‘Padres’ en la Trinidad. “El primado, como todo lo demás en la Iglesia, incluso el ser de Dios (la Trinidad) es relacional” (Ioannis Zizioulas). De aquí se explica como ‘el primero’ es una condición *sine qua non* para la institución sinodal y por tanto una necesidad eclesiológica y que, análogamente, el sínodo es un prerrequisito para el ejercicio del primado (pp. 26-27).

El teólogo y secretario general de la Comisión Teológica Internacional, Piero Coda, analiza las “Actitudes que aprender y cuestiones de método”. Para Coda el Vaticano II ha sido el arranque providencial del proceso que lleva hoy a la puesta en marcha del camino sinodal convocado por el papa Francisco. Tal vez

lo que estamos llamados a vivir es el acontecimiento eclesial más importante y más decisivo estratégicamente desde el Vaticano II hasta hoy, porque constituye la expresión más genuina y desafiante de la Eclesiología del Vaticano II (p. 31).

¿Cómo se vive y cómo se hace el discernimiento comunitario? A partir de la experiencia de haber sido bautizados en Cristo. Todos somos uno en Cristo Jesús (Gal 3, 27). De esta raíz surgen tres pares de actitudes: intención y humildad; obediencia y parresía; sentir en el Espíritu y pensar sinodal (p. 35).

Y la intención que subyace en mi participación en el proceso de discernimiento es una intención

agápica de acoger a todos y acogernos mutuamente como Jesús hizo hasta el final (cfr Jn 13, 1), hasta entregarse en la cruz (p. 36). Esta actitud implica, concretamente, la humildad que purifica los pensamientos, los sentimientos haciéndolos pasar a través del vaciamiento por amor vivido por Jesús en su encarnación y en su muerte de cruz (Flp 2, 3-5).

En el resto de las páginas de este libro se presentan las experiencias del Camino sinodal en los diversos países de Europa (España, Italia y Alemania) y de algunos continentes como América Latina y el Caribe y Asia.

Juan Pablo García Maestro

Peter BOUTENEFF, *Cómo ser un buen pecador. El encuentro con uno mismo a través del arrepentimiento, Sígueme, Salamanca 2022, 158 pp.*

Peter Bouteneff es un teólogo ortodoxo que escribe este libro con conciencia de que el tema del pecado es importante, que hay que abordar necesariamente, por más que hoy no sea un tema de moda. Nuestra cultura nos anima a autoafirmarnos, a aceptarnos incondicionalmente y a desterrar el lenguaje y los pensamientos negativos. Estas características propias de la cultura actual destierran la conciencia de pecado, por más que, según afirma Peter Bouteneff, esta es consustancial al cristianismo. Para este teólogo, formar parte de la Iglesia nos

aboca a afrontar necesariamente la realidad del pecado. Cita al teólogo Reinhold Niebuhr para afirmar con él que “el pecado original es la única doctrina empíricamente verificable de la fe cristiana”.

Peter Bouteneff afirma que no hay conciencia de pecado en nuestra cultura, aunque, sorprendentemente, “un número cada vez mayor de psicólogos y sociólogos, creyentes y no creyentes, está descubriendo la necesidad de una comprensión sana del pecado” (p. 12).

La tesis del libro es la siguiente: “Existen caminos realistas, prácticos y sanos para comprendernos a nosotros mismos dentro de una dinámica de pecado, de la misma manera que hay caminos destructivos e inútiles” (p. 13). Y Peter Bouteneff se propone discernir esos caminos para responder a la pregunta que formula el título: “¿Cómo ser un buen pecador?”. Para ello, realiza un recorrido que pasa por la reflexión crítica sobre uno mismo, la libertad, la alegría, la gracia divina y la misericordia. Quizá donde pone más empeño, junto a la insistencia en la misericordia infinita de Dios, es en la necesidad de autoconocimiento, que nos ayude a saber quiénes somos nosotros, y también a conocer mejor al otro y al mundo. La insistencia en la necesidad de autoconocernos es una constante en todo el libro, y muy especialmente en el capítulo IV: “Reflexiones sobre la identidad personal”.

El autor señala al final de su introducción que lo que expone hunde sus raíces en la vida de la Iglesia ortodoxa; advierte explícitamente que no está en consonancia con el cristianismo de la Reforma acerca de su enseñanza sobre la absoluta corrupción del ser humano o sobre la predestinación. Y es cierto que a lo largo del libro ofrece una visión muy positiva respecto al ser humano, refiriéndose, por ejemplo, a “la gloria innata de la humanidad”, o abriéndose constantemente a la esperanza.

La referencia, con todo, no es tanto la bondad y el optimismo sobre el ser humano cuanto la bondad de Dios, que no nos avergüenza nunca, sino que nos descubre la misericordia de Dios y nos abre siempre a la esperanza y a las nuevas posibilidades. Descubrir nuestro pecado agranda nuestra capacidad de contemplar esta bondad, porque impide que nos anclamos en la culpa, invadidos por la misericordia divina. Está extendida la opinión según la cual reconocerse pecador nos conduce a la debilidad, la ineficacia y el lloriqueo, a convertirnos en “ratones de sacristía”; pero no es así: reconocerse pecador nos lleva a la felicidad, a “vivir con plenitud, con los pies en la tierra y verdaderamente libres” (p. 36).

La raigambre ortodoxa de Peter Bouteneff se aprecia especialmente en las referencias a las que acude, la mayoría de ellas de padres del desierto o de monjes orientales: San Basilio, Doroteo de Gaza, San Isaac de Nínive, Macario de Egipto, Juan Clímaco, la Filocalia...

También se nota esta procedencia ortodoxa en las “oraciones escogidas” que ofrece al final, realmente poco atractivas para la mayoría de las personas de nuestra cultura.

El lenguaje es concreto, sencillo, ameno. Utiliza muchos ejemplos, la mayoría de ellos a partir de experiencia personales, y se sirve

también de narraciones que hacen agradable la lectura. El tema podría ser complicado, pero no lo es. Sin embargo, lo cierto es que, al tratarse de una temática tan concreta, llega un momento en el que el libro se hace repetitivo, ofreciendo variaciones diversas sobre un mismo tema que se parecen excesivamente una a otras.

Realiza una interesante y pertinente clarificación de términos para evitar las confusiones a las que una incorrecta interpretación de la tradición y del lenguaje nos pueden llevar. Así, valora la autoestima y el correcto amor a sí mismo, para no confundir la sana y saludable humildad con el desprecio de sí mismo o la inseguridad patológica. Considera la aceptación de sí mismo

como algo necesario, que nos lleva a dar gracias por nuestros talentos y a aprovecharlos, poniéndolos al servicio de los demás, lo cual no quiere decir aceptarse “exactamente como uno es”, negándose a la necesidad de cambiar en lo que sea conveniente. Clarifica, igualmente, los conceptos de “culpa” y “vergüenza”, “individualismo” y “dimensión social del pecado”, etc.

Ofrece al final del libro, de forma muy sintética, un resumen sobre lo que supone ser mal y buen pecador, ofreciendo algunos de los síntomas o consecuencias de entenderse como pecador de una forma adecuada y saludable.

Esteban de Vega

Juan Antonio ESTRADA, *Jesús y la Iglesia. Del proyecto mesiánico a la religión cristiana*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2022, 310 pp.

Juan Antonio Estrada es profesor emérito de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Granada y de la Facultad de Teología de esa misma ciudad. Se doctoró en teología con una tesis sobre la teología dialéctica de Karl Barth en la universidad de Munich y en la Universidad Gregoriana de Roma, en la que obtuvo el doctorado. Su docencia se ha desarrollado en el área de la filosofía de la religión, escribiendo varios libros sobre el teísmo, la teología natural y la teodicea. En teología se ha centrado en la eclesiología, en

temas de teología fundamental y de espiritualidad.

En este nuevo libro que aquí recensamos sobre *Jesús y la Iglesia* pretende responder algunas cuestiones: ¿Qué vinculación hay entre el proyecto mesiánico de Jesús y el de la Iglesia actual? ¿Se puede afirmar que la religión cristiana corresponde a la Iglesia primitiva? Si Jesús creó una comunidad de discípulos, ¿qué es lo que justifica la evolución teológica que ha llevado a que se identifique con el clero y que

como institución se imponga a la comunidad? ¿Depende la eclesiología solo de la cristología o necesita a la pneumatología? ¿La estructura apostólica de los orígenes permite una reforma de los ministerios actuales?

El libro contiene seis capítulos. El primero que lleva como título “El proyecto de Jesús”, se centra en el planteamiento mesiánico de Jesús; en su dependencia histórica y también teológica de Juan el Bautista; en el significado del reinado de Dios para el mismo Jesús y en su descubrimiento progresivo de sus consecuencias.

El problema permanente del sufrimiento y el mal, agudizado porque Dios no interviene a pesar de las peticiones humanas, cuestiona el proyecto mesiánico de Jesús y luego el de sus discípulos. La espera frustrada de la última intervención de Dios puso en cuestión la fe de sus discípulos y se convirtió en el argumento de los que rechazaban a Jesús. La paradoja cristiana es aceptar la paternidad y bondad de un Dios que no impide la crucifixión y el fracaso histórico de su enviado. En este contexto hay que analizar las enseñanzas de Jesús, el significado de las bienaventuranzas y la manera que tiene de afrontar la cruz. Jesús transmite un proyecto de vida y le interesa menos la reforma de las estructuras sociales que la conversión y motivación de

las personas. Este es el legado que Jesús dejó a la naciente Iglesia.

El capítulo segundo, “De Jesús a sus discípulos”, se centra en la nueva comprensión de Jesús a partir de la resurrección. A partir de ella el anuncio del reinado de Dios deja paso al de la próxima venida del Cristo resucitado, el predicador se convierte en el centro de la predicación de sus discípulos. Al transformarse la misión de Jesús, que ahora se convierte en plenamente universal, cambian también los discípulos.

La representatividad de los “doce discípulos” cambia cuando se convierten en “los doce apóstoles”, la Iglesia naciente sucede a la comunidad discípulos de Jesús. El papel exclusivo de Jesús para sus discípulos deja ahora a la actividad del Espíritu como protagonista y como mediador de Cristo resucitado. El paso del monoteísmo judío a la concepción trinitaria de Dios marca el surgimiento de la Iglesia. Se pone a las bases para la diferenciación del cristianismo respecto del judaísmo del que procede.

El capítulo tercero titulado “Las primeras iglesias”, analiza las dos grandes corrientes que surgieron tras Jesús, la comunidad judeocristiana de Palestina y las comunidades de judíos helenistas y de paganos prosélitos que se integran bajo la dirección de Pablo. Surgen tam-

bién eclesiologías diferentes, unas más en continuidad con Jesús y la tradición judía, y otras más marcadas por la acción del Espíritu y por una dinámica carismática y profética. Buscamos comprender cómo y por qué surgió la Iglesia, en qué está basada en Jesús y en qué se diferencia de él. Hay que reconstruir histórica y teológicamente el proceso de constitución de la Iglesia, dando contenido a la creatividad e iniciativa de los cristianos.

Los mismos evangelios no narran simplemente lo que Jesús hizo, sino cómo lo comprende cada evangelista y la comunidad a la que pertenece.

El cristianismo es uno, pero plural y conflictivo desde el comienzo, porque se basa en comprensiones teológicas diferentes. Los apóstoles constituyen el nexo entre Jesús y la naciente Iglesia, pero ni todos son discípulos de Jesús ni hay un consenso en torno a quién y cómo se es apóstol. Jesús no determinó las estructuras de la Iglesia, y los cargos o ministerios locales surgen de las dos grandes tradiciones, la judía de presbíteros y la paulina de obispos, siendo los diáconos comunes a ambas tradiciones.

Juan Antonio Estrada analiza también los cambios que se producen en el cristianismo con el paso de aquella generación a la post apostólica. El evangelio de Juan y sus cartas son las más cercanas a la cristo-

logía espiritual paulina. El análisis del Nuevo Testamento muestra el dato sorprendente de que no se llama sacerdote a ningún ministro de la Iglesia, se reserva a Cristo y a la Iglesia en cuanto comunidad. La concepción que se tiene del sacerdocio como consagración no es la ministerial, que se desarrolló después, sino bautismal (p. 138).

El capítulo cuarto, "Las Iglesias tardías", se centra en los escritos de finales del siglo I y comienzos del siglo II, tanto los canónicos como los otros. Los escritos son narraciones, confesionales y testimoniales, doctrinales y catequéticas, de carácter exhortativo, simbólico y apologético. En este periodo se desarrolla la teología de la sucesión de los apóstoles por los ministros locales de las Iglesias, presbíteros y obispos. Se establece la triada ministerial y se consolida el episcopado monárquico. A su vez, los presbíteros se nombran a sacerdotes y se crea una Jerarquía clerical diferenciada del pueblo. La presidencia de la eucaristía recae inicialmente sobre el obispo y luego de forma subordinada sobre los presbíteros.

En el capítulo quinto, "Crisis e identidad de la Iglesia", se ofrece una breve síntesis de la eclesiología del Vaticano II y se evalúa cómo se ha desarrollado el postconcilio doctrinal y pastoralmente. El autor da prioridad a la teología de los laicos, a sus ministerios y a su papel en

las comunidades parroquiales y en las asociaciones laicales. La potenciación de los laicos fue una de las grandes aportaciones del Vaticano II, pero en parte se ha mantenido su papel tradicional porque la realidad eclesial sigue siendo la de una comunidad desigual, la de una iglesia enseñante respecto a otra que aprende, y la de una eclesiología dualista que mantiene la obediencia a la autoridad como virtud cardinal, sin sustituirla por el discernimiento.

El Vaticano II no pudo abordar la problemática de sacerdotes casados y de mujeres sacerdotes porque el papa Pablo VI no lo permitió. Pero los problemas subsisten y no abordarlos solo lleva a empeorar con el tiempo. El papel de la mujer en la Iglesia es la cuestión más importante porque concierne a la mitad de los miembros de la Iglesia. Considerar el género sexual como un obstáculo no tiene base alguna en la predicación y acción de Jesús (p. 253).

En la exégesis actual hay una revalorización de la mujer y de su relación con Jesús. Se ha minusvalorado que María Magdalena. Ella fue discípulo de Jesús y testigo del Resucitado, enviado (apóstol). Si Cristo resucitado se hubiera aparecido primero a Pedro, no a la Magdalena, y lo hubiera enviado a comunicarlo a los apóstoles, toda teología católica vería ahí un signo de la primacía apostólica de Pedro sobre el resto

de los apóstoles. Pero como se trata de una mujer se tiende a silenciarlo o a minusvalorarlo (p. 252).

El último y sexto capítulo, “Una Iglesia sinodal y ministerial”, se destaca cómo el Concilio Vaticano II buscó recuperar la primacía de la comunidad, que en buena parte se había perdido, y desde esa eclesiología renovar la teología de los ministerios.

La sinodalidad es un camino de descentralización del poder y de participación de todos los fieles. Presupone el discernimiento, el diálogo y la comunicación en la Iglesia. El sínodo es una de las expresiones de la Iglesia como comunidad horizontal, como comunión y forma del pueblo de Dios. No se trata de una democracia, en la que todos son iguales y es válido el voto de la mayoría. La diversidad de carismas, tareas y ministerios genera asimetrías dentro de la condición común de igualdad de todos. Se trata de dar cauce al sentir de los fieles, de abrir espacios de diálogo y a la comunicación y participación de todos, de dar forma concreta a la Iglesia que es pueblo de Dios y que se constituye como comunión de iglesias particulares.

La creatividad, la apertura a los cambios sociales y religiosos, el dinamismo misionero y la adaptación fueron las características fundamentales de la historia del cristia-

nismo. Es también el desafío actual y uno de los elementos del “aggiornamento” (puesta al día) del Concilio Vaticano II y del papa Francisco cuando habla de “la Iglesia en salida” y de “Iglesia hospital”. En lugar de centrarse en preservar la tradición en sus diversas dimensiones y de defender costumbres y ritos del pasado, el papa Francisco busca reactivar la vitalidad creativa

de la Iglesia. La Iglesia actual debe inspirarse en el tiempo mesiánico y en la escatología, transformando el presente con la perspectiva hacia el futuro. El cristianismo como religión necesita esa aportación carismática y profética que forma parte del seguimiento de Jesús y del nacimiento de la Iglesia (p. 310).

Juan Pablo García Maestro

Franz JÄGERSTÄTTER, *Resistir al mal. Cartas y escritos de la prisión*, Ediciones Encuentro, Madrid 2022, 356 pp.

“Las palabras instruyen, pero los ejemplos conmueven” (p. 300), pensaba Franz Jägerstätter. El ejemplo que fue su propia vida pasó a la gran pantalla con la película de Terrence Malick, *A hidden life* (2019). Contra este título, ojalá quede al descubierto ahora que contamos con las fuentes de la película, todo gracias el libro recientemente publicado que aquí se reseña. En él se recogen, por primera vez en español, la correspondencia y las meditaciones de este mártir beatificado.

Resistir al mal. Cartas y escritos de la prisión se divide en dos partes centrales. La primera incluye las cartas que Jägerstätter intercambiaba con su esposa Franziska —en las que también aprovechaba para tratar con otros familiares— y que van desde su instrucción militar hasta su ejecución. Llama la atención el amor fiel, en la distancia y proyectado allende la muerte, que

el matrimonio revela y que permea el estilo con el que se escriben: por ejemplo, las gracias que se dan el uno al otro por las cartas recibidas, o las expresiones con las que empezaban y terminaban —“queridísima esposa”, “tu esposa, que piensa siempre en ti” o “tu esposo, que anhela estar contigo”—. En cuanto a la segunda parte del libro, recoge principalmente las reflexiones de Jägerstätter en textos diversos, incluido un escrito hasta ahora inédito. Si el lector consulta el índice, se hará una idea del enorme interés de estas páginas, que demuestran cómo Jägerstätter supo leer la Palabra de Dios con los signos del momento histórico que le tocó vivir.

Desde luego, el escenario vital de Jägerstätter no fue un destino azaroso. “¿Acaso el nacionalsocialismo nos ha llovido del cielo?” (p. 257). Jägerstätter estaba al corriente del camino colectivo de Austria y

de su pusilanimidad frente al crecimiento del nazismo. Consciente de que fuimos creados libres, sabía bien que “la gracia de Dios opera en nosotros sólo en tanto que colaboremos con ella” (p. 285). Por eso, no bastaba con rezar cuando en la práctica los católicos acataban el nacionalsocialismo. La gracia exige responsabilidad y Jägerstätter la asumió hasta el punto de poder decir de él, usando sus propios términos, que fue un “héroe”. El valor que tuvo para llevar una vida recta es algo que, como él pensaba, nace de la fe, la cual “forja héroes” (p. 314). Estos, según Jägerstätter, son quienes se sacrifican en esta vida, incluso entregándola, con miras a la otra. “¿Acaso para nosotros, los católicos, la muerte es algo tan terrible que preferiríamos hacerlo que fuera con tal de prolongar la vida?”, se preguntaba retóricamente (p. 289). Para Jägerstätter, la respuesta era clara: “sufrir y morir no pueden ser lo peor para un cristiano, en absoluto, porque todos sabemos de sobra que algún día hemos de morir. Y, como nos enseña la fe, quien no quiera sufrir en este mundo, tendrá que sufrir en el más allá” (p. 299). Esta vida perdurable, que tanto importaba a Jägerstätter, es el ideal que le diferenciaba, como seguidor heroico de Cristo, de lo que él mismo llamaba “masa”. “Quien quiera encontrar el camino recto a la vida eterna no puede ir con la masa, que a menudo rehúye el sacrificio” (p. 305). Fue preciso,

por tanto, no dejarse arrastrar por la “corriente”, como también llamaba a la ideología nazi. En suma, había que resistir al mal.

No olvidemos que Jägerstätter, en su resistencia ejemplar, no se envanecía comparándose con los demás. Lo evidencia el hecho de que en sus escritos se abstuviera de juzgar al prójimo. Como sólo a Dios le compete hacerlo, condenaba el nacionalsocialismo, pero no a sus adeptos o colaboradores. Desde luego, lamentaba la desorientación que sobrevivió a los hombres corrientes, privados de las palabras y los hechos de sus representantes religiosos y civiles. Pero evitó echarles sin más toda la culpa. Según Jägerstätter, “se les quiere hacer cargar también con el peso de culpas que uno mismo podría soportar perfectamente” (p. 269). He aquí lo ejemplar de Jägerstätter: haciendo oídos sordos a la extraviada opinión pública —lo que “se dice” y “se oye decir” (p. 266) —, supo escuchar la sola voz de su conciencia moral.

La conciencia le dijo que no podía ser al mismo tiempo católico y nacionalsocialista y eso le costó la vida. Resulta difícil no acordarse de Sócrates. Para este, un hombre [moralmente] superior no puede verse perjudicado por uno inferior. Jägerstätter repetía lo mismo cristianamente. Pensaba que el mayor de los males es el pecado, no la muerte. Por eso, resulta preferi-

ble sufrir y morir antes que pecar, como Sócrates prefería padecer una injusticia a cometerla. Inevitablemente, la pregunta que nos solemos hacer ante estos héroes es la siguiente: ¿se puede ser feliz así? La respuesta de Jägerstätter invita al lector a toda una meditación de la vida feliz. Para él, los santos son felices, incluso ya en este mundo.

Ahora bien, reparemos en que este mártir no sólo se jugó la vida, sino que también hizo sufrir a su familia —como Jesucristo a la Virgen— y que puso en peligro su bienestar. Por eso, muchos se preguntarán si su mujer e hijas no debieron estar por encima de cualquier cosa. Sobre todo, si esa otra cosa parece una niñería. Al fin y al cabo, no le pidieron matar a nadie, sino sólo, por el momento, jurar fidelidad a Hitler. Pudo haberlo hecho, bastaba con mentir. Podría haber dejado el heroísmo para otra ocasión. Sin embargo, para Jägerstätter, “debemos amar a Dios más que a la familia” (p. 197). De hecho, desde esta óptica, sólo se ama de veras a la familia cuando se la coloca en su justo lugar.

Jägerstätter no buscaba el martirio y es evidente que, como padre de familia, regresar a casa le habría hecho muy feliz. Pero no quiso mentir para sobrevivir. Con la certeza de su muerte inminente, proyectaba en la otra vida una continuidad de lo mejor que tuvo en esta. “Tene-

mos la alegre esperanza de que los días de vida que aquí en la tierra no estamos pudiendo compartir serán sustituidos en el cielo por mil días en los que podremos gozar con inefable alegría y felicidad, junto a Dios, y nos alegraremos eternamente con él” (p. 184). Como pensaba el filósofo Julián Marías, para desear la otra vida hay que imaginarla como la plenitud de esta, contando con reencontrarse con las personas amadas que son para nosotros imprescindibles. El amor a los demás como a uno mismo hace que vivamos una vida que, aunque en este mundo se frustra, es la que querríamos vivir siempre. Creo que así se comprende mejor la otra vida, en vez de recurrir —como podría pasar leyendo el libro— a una caricatura jurídica de premios y castigos según ciertos requisitos normativos para esta vida.

Para terminar, no olvidemos los breves escritos que abren y cierran el libro. Hay un esbozo biográfico de la editora austríaca y —a mi juicio, para profundizar en él— un comentario fugaz y decisivo del obispo de Innsbruck acerca de la influencia de Franziska sobre su esposo. Creo que es una de las claves a la hora de imaginar la historia de este campesino, que no sólo supo que la santidad del cristiano es para todos, sino que asumió ejemplarmente esa vocación —para él, la mayor de todas—. Que conste, por cierto, que una lectura atenta del libro no da

lugar a idealización alguna. Fueron personas reales, de carne y hueso, con sus vacilaciones y su maduración personal. Por esto mismo, su ejemplo es capaz de conmovernos. Imaginar la vida de este santo ma-

trimonio no debe sólo instruirnos. Ante todo, ¡dejemos que nos ablande el corazón endurecido!

David Yáñez

CATEQUESIS Y PASTORAL

Bruno FORTE, *Querría hablarte de Dios. Una propuesta para quien anda en su busca*, Palabra, Madrid 2022, 138 pp.

Bruno Forte es actualmente arzobispo de Chieti-Vasto, en Italia, y miembro del Consejo Pontificio para la Cultura, para la Unidad de los cristianos y para la Nueva evangelización. La editorial Palabra ha cuidado mucho la edición de esta obra. La portada del libro es muy bella, por la foto, y por el tipo de letra del título. Y pasar las páginas para echar un vistazo rápido permite descubrir una cuidada impresión. Dan ganas de leer el libro con tranquilidad. Y más tras leer el primer párrafo de la presentación, que realiza el propio autor: “He escrito estas páginas para ti. Lo he hecho con el deseo de compartir contigo el mayor regalo que he recibido en mi vida: la fe en Cristo. Es un regalo que ha colmado mi corazón de alegría, no solamente un rato, sino todo el camino de mis días”. Son palabras hermosas, que reflejan un empeño loable, para atender una gran necesidad de nuestro tiempo: la de encontrarnos con testigos que vivan la fe y la hayan descubierto

como el gran tesoro, y que lo comuniquen, a ser posible, con un lenguaje cercano, afable, que se dirija al corazón. Como lo hace esta cita que acabo de escribir; pero lo cierto es que la lectura del libro me lleva a afirmar que el deseo inicial se queda en intento, porque el lenguaje no es el que se esperaba y porque leer el libro supone un esfuerzo que, o bien encuentra un lector muy motivado, un auténtico “buscador”, tal y como Bruno Forte llama a quienes se acerquen el libro, o difícilmente llegará al final.

Porque el libro se dirige a “buscadores”, eso es cierto; pero el problema es que no podemos asegurar que haya un colectivo muy grande de buscadores dispuestos a recorrer arduos caminos intelectuales para encontrar lo que buscan. Más bien nos encontramos en un ambiente de indiferencia y, a lo sumo, de relativa curiosidad. Las grandes preguntas no son lo que más abunda. Por eso no sé si el colectivo de

personas a las que pueda ir dirigido el libro es muy grande. Es decir, el colectivo dispuesto a abordar una propuesta que no es fácil de leer, que exige una gran capacidad intelectual y una para nada pequeña hambre de fe.

La obra tiene dos partes bien diferenciadas en el planteamiento inicial: la primera parte consta de ocho cartas, al menos así las llama el autor, dirigidas a los buscadores: cartas que pretenden motivar, incentivar la búsqueda, animando en el empeño. Y la segunda parte consta también de ocho capítulos, motivados por el intento de dar respuesta a las principales preguntas que se pueda plantear un buscador. Los capítulos no se enuncian como preguntas y, exceptuando algún título (la oración, el bien y el mal, la vida eterna), no hallamos con ninguna pista para saber el contenido que nos encontraremos. Son dos partes bien diferenciadas, como decía, pero en realidad el contenido y

el modo de estar escritos no muestra grandes diferencias.

En el libro aparecen muchas citas: referencias muy frecuentes a la Biblia, especialmente en los primeros capítulos, a grandes autores cristianos (San Agustín, Sta. Teresa de Jesús, Kierkegaard, San Ignacio, Karl Rahner, cardenal Newman), a poetas... Y también aparecen en muchos capítulos oraciones y plegarias de un hondo sentido, pero de un lenguaje que me parece poco actualizado. De nuevo me parecen oraciones para personas más que iniciadas y no tanto para buscadores que dan sus primeros pasos.

Por tanto, el subtítulo, “Una propuesta para quien anda en su busca”, no me parece el más acertado. Y, por no serlo, creo que el libro pierde gran parte del encanto que parecía prometer.

Esteban de Vega

BIBLIA

Mateo CRIMELLA, *Padre nuestro. La oración de Jesús en los evangelios, Sígueme, Salamanca 2022, 140 pp.*

Matteo Crimella es profesor de Sagrada Escritura de la Facultad de Teología en Milán y tiene bastantes más publicaciones, la mayoría sobre temas relacionados con el Nuevo Testamento, aunque hasta donde

sé esta es la primera obra traducida al castellano. Confiesa en la introducción del libro que cuando le solicitaron la redacción de este libro experimentó, junto al temor que le provocaba la empresa, la alegría de

poder realizar un estudio detenido sobre el Padrenuestro. Esta alegría es la que comparte en esta obra y la que provoca en el lector. Ahora bien, conviene tener en cuenta que la obra se trata de una auténtica profundización, que exige un esfuerzo de lectura, el propio de una obra especializada. Aunque Matteo Crimella expresa que no deseó escribir una obra muy erudita, sino que deseaba hacerla apta para lectores no especialistas en el Nuevo Testamento, lo cierto es que lo consigue a medias, porque la referencia tan frecuente al griego original, a sus formas verbales específicas, e incluso en ocasiones concretas a expresiones hebreas o arameas, es ya de por sí una muestra del grado de científicidad y especialización de esta obra.

Entre las primeras afirmaciones que realiza sobre el Padrenuestro destaca la siguiente afirmación: “Resulta llamativo constatar que el Padrenuestro no contiene acciones de gracias, ni alabanzas, ni manifestaciones de abandono en Dios, sino solo una serie de súplicas. Evidentemente, todas estas súplicas se dirigen al Padre, y es precisamente la relación con Dios, a quien se invoca del mismo modo que Jesús le rezaba, la que se convierte en fundamento de la confianza” (p. 14). También es interesante el comentario que realiza sobre la santificación del nombre de Dios, desde el sentido teológico profundo de lo que significa “santificar”

y el significado bíblico del término “nombre”.

El libro consta fundamentalmente de dos grandes capítulos, uno dedicado a la versión mateana del Padrenuestro, y otro a la versión lucana. Es mucho más largo el capítulo dedicado a Mateo, lo cual es lógico, ya que su versión es bastante más larga que la de Lucas. En ambas versiones procede haciendo detenidos comentarios de cada una de las expresiones del Padrenuestro, haciendo en cada una de ellas la relación con el contexto en el que aparece, tendiendo puentes a muchísimas referencias de la Biblia, que guarden relación con las mismas expresiones... En la parte que dedica a Lucas, a pesar de ser más breve, se observa la misma profundidad de análisis. Establece relaciones con lo que previamente había expuesto de la versión mateana, y añade significados propios de Lucas, que responden a su visión teológica propia.

Quizá el apartado que me ha parecido más iluminador es el que dedica a la petición “Venga a nosotros tu Reino”, en la versión de Mateo. De entrada, dice que quizá esa es la parte central de la oración, la petición que en sí misma recoge los otros contenidos que aparecen en la oración completa. Establece muchas relaciones con otros pasajes en los que el tema fundamental es también el Reino, incluidas las parábolas, y también presenta, aunque de modo

muy breve, distintas interpretaciones clásicas sobre la temporalidad del Reino, sea considerándolo como realidad del futuro, del presente o el famoso “ya pero todavía no”, de Schweitzer, Dodd y Cullmann.

El libro termina con una bibliografía

discreta, equilibrada, de distintos libros que guardan relación con el tema, fundamentalmente en italiano, pero también en alemán, francés, inglés y español.

Esteban de Vega

Jesús ESPEJA - J. DÍAZ SARRIEGO, *Palabra de Dios en lenguaje humano*, Edibesa, Madrid 2019, 204 pp.

El título de esta obra es un buen reflejo de lo que aparece como contenido fundamental a lo largo del libro, que intenta fundamentalmente una interpretación adecuada del complejo significado de la revelación. La obra responde a la preocupación por transmitir el Evangelio en la sociedad actual, en un contexto “consumista y voluble, donde lo permanente desaparece y la necesidad de encontrar un sentido a la vida se hace, cada vez, más latente” (contraportada del libro). Y en el prólogo se explicita aún más esta preocupación, al decir que se trata de transmitir el Evangelio “en una sociedad cada vez más emancipada de la tutela religiosa” (p. 9). Conviene valorar esta emancipación, porque lo que hoy se pueda decir en torno al tema de la revelación y el acercamiento a la Palabra de Dios debe tener muy en cuenta la dificultad de nuestra cultura en la aceptación de verdades impuestas, vengan de donde vengan. Precisamente, al tener en cuenta esta dificultad, surgen los interrogantes que han llevado a los dos autores

a realizar este trabajo: ¿Es posible presentar la buena noticia sobre Dios como afirmación de la humanidad?; ¿cómo valorar y discernir éticamente el ateísmo y la creciente indiferencia?; ¿cuál es el lugar y la novedad del cristianismo?; ¿cómo renovar la liturgia, la predicación y la catequesis para esa nueva evangelización que hoy exigen la nueva sensibilidad humana y la compleja situación cultural?

Toda la obra se plantea desde tres claves: la encarnación, la Palabra de Dios y el Vaticano II y el hecho de que los autores sean dos personas con más de 30 años de diferencia de edad entre sí permite un contraste generacional muy positivo.

El libro repite de diversas formas y en distintos capítulos que no se trata de aceptar verdades, principios, ideas, sino a Dios, su presencia, su amor... “Dios no se autocomunica mediante un cuerpo de verdades abstractas, sino en la experiencia humana y en el transcurso de la historia” (p. 23).

Se hace especialmente interesante el planteamiento de la diferencia que existe en la interpretación de la escritura en las tres religiones del libro: el islamismo, el judaísmo y el cristianismo. De esa comparación surge una idea clara respecto al cristianismo: la verdadera Palabra de Dios para nosotros no es tanto el contenido escrito cuanto la realidad de Jesucristo, la verdadera Palabra que Dios ha dirigido al ser humano.

La parte más amplia del libro se centra en un análisis en torno a la Palabra de Dios y cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad. Son tres capítulos densos en los que se presenta la aportación esencial de cada una de estas tres Personas a la comprensión de la revelación.

En el capítulo del Padre se habla especialmente de su amor y cercanía. Utilizar el término de *Todopoderoso* significa hacer referencia a su amor infinito. Es el Padre de la misericordia, pero también el del silencio ante los grandes dramas que nos hacen sufrir; pero es ahí precisamente, en ese silencio ante el dolor, donde Dios Padre está más cerca de las personas, como lo estuvo ante la entrega del Crucificado.

En el capítulo dedicado al Hijo se dice que es ahí donde radica la novedad y singularidad de la experiencia cristiana, en la encarnación. Por eso se especifica, con realismo, que Dios “se hace carne”. Insiste

especialmente en este capítulo que el lenguaje en que se nos transmite la experiencia de los creyentes, más que conceptual, es simbólico, el más adecuado para expresar una experiencia que nos desborda. Y a la vez nos hace caer en la cuenta de que toda narración histórica cuenta unos hechos ya interpretados, y que en el caso de los textos bíblicos esos hechos son interpretados desde la fe religiosa; y la fe religiosa desde Jesús lleva a reinterpretar los textos del Antiguo Testamento, teniendo como referencia la conducta histórica y el evangelio de Jesucristo.

En la parte dedicada al Espíritu insiste en que la revelación continúa gracias a Él, que da a todo vida y aliento. Aquí insiste especialmente en que el discernimiento de la verdad en un texto lleva a interpretarlo teniendo en cuenta la unidad de toda la Escritura, cuyo centro es Jesucristo. Y, a su vez, que la revelación es inseparable de la comunidad creyente. Matiza mucho en este capítulo que, por una parte, ya no se interpreta el cristianismo como el único portador de la vida, de modo que no excluye así a las otras religiones; pero, a la vez, confiesa “la manifestación definitiva de Dios en la particularidad histórica de Jesucristo, rostro humano de la divinidad y hombre nuevo que manifiesta la vocación de todos” (p. 153). El último capítulo, “De la Escritura a la predicación”, se abre con una pregunta: “¿Cómo proclamar hoy

el Evangelio de Jesucristo en su forma de vivir y de morir venciendo a la muerte?” (p. 163). Reconocen los autores un amor incuestionable a la Iglesia; pero también el profundo cuestionamiento que la Iglesia sufre en nuestra sociedad española, tan laica y plural. Termina este capítulo con unos criterios para la evangelización, que apuntan a la necesidad del diálogo, a la prioridad de la experiencia sobre el con-

cepto, la práctica de la fraternidad y la valoración de las personas por encima de todo. Apunta claramente, siguiendo al papa Francisco, a superar la tentación del clericalismo, y a apostar por una mirada al futuro desde la esperanza, por más que el futuro se nos presente oscuro, religiosamente hablando.

Esteban de Vega

ESPIRITUALIDAD

Luigino BRUNI, *Lógica carismática*, CTEA, Madrid 2022, 121 pp.

Este libro es un auténtico regalo de cara a la reflexión de las comunidades cristianas. Es un libro que aborda una problemática muy actual, con la frescura y el encanto de lo que está en construcción, y manifestando una convicción muy grande acerca de la necesidad de la comunidad para vivir en cristiano. Por eso dice al comienzo del libro: “Si quieres matar la Biblia y los evangelios, mata las comunidades”. El autor se muestra preocupado porque ve que hay un gran interés actualmente, promovido en parte por la cultura capitalista, por convertir la vida cristiana en una vida individual.

En la introducción diferencia *comunidades-esfera* y *comunidades-polidro*. Solo cita estos dos términos al principio, pero la distinción y la filosofía de fondo que la crea estará presente en toda la obra. Luigino

Bruni manifiesta escribir esta obra pensando fundamentalmente en aquellos movimientos comunitarios, carismáticos, cuyo fundador aún vive o ha estado presente hasta hace muy poco. En ese sentido, en rigor, el grupo de destinatarios de esta obra sería muy reducido; afortunadamente, el libro puede ser leído con aprovechamiento por personas y comunidades que no se encuentren en ese grupo tan concreto.

Aunque cada uno de los capítulos de esta breve obra pueden ser leídos con independencia de los demás, lo cierto es que el libro refleja una gran unidad en el contenido, con aspectos concretos y diferenciados en cada uno de ellos. El primer capítulo, por ejemplo, “La era de la comunidad infinita”, se refiere a un rasgo diferenciador de los dos tipos de comunidades citadas: el rasgo di-

ferenciador es el grado de pertenencia-exigencia en el vínculo de cada miembro con la comunidad-institución. Este grado de pertenencia es rígido y muy fuerte en la vida religiosa tradicional y es mucho más flexible en otras comunidades que han surgido más recientemente. Luigino Bruni se muestra convencido de que los nuevos movimientos eclesiales siguen necesitando la vida comunitaria, pues sin ella no es posible el cristianismo; pero deben ser de otro modo, porque “en el nuevo ecosistema espiritual del siglo XXI solo sobreviven las realidades más líquidas y menos estructuradas, más descentradas y menos compactas, deltas y no estuarios, que no agregan a las personas mediante reglas y vínculos jurídicos sino con la fuerza del mensaje del carisma y de la experiencia concreta” (p. 28).

La pregunta crucial es esta: “¿Es posible dar vida a comunidades compuestas por personas libres y autónomas, pero evitando la disolución de la comunidad?”. Ese es uno de los temas fundamentales, pero junto a él aparecen otros temas particulares, dentro de la temática global. Por ejemplo, la reflexión sobre la vocación más específica dentro de un camino vocacional más global, propio de un determinado carisma; o el análisis, a partir del evangelio, de las palabras que aparecen en él y que el mismo espíritu evangélico supera. Y de ahí, da el salto a la reflexión sobre cómo muchas de

las palabras de los fundadores deben ser superadas porque pueden conducirnos a la paralización. Es necesario diferenciar las palabras paralizadoras de las “palabras-sal”, son las que dan vida.

En ocasiones las reflexiones surgen de situaciones totalmente centradas en el momento presente y otras, del análisis de la historia; o del mundo de la economía o de la sociología, ámbitos en los que Luigino Bruni se siente muy cómodo, o de la exégesis evangélica. No es extraño, y de hecho se convierte en una línea transversal en el libro, la analogía entre los primeros tiempos del cristianismo y nuestras comunidades carismáticas o movimientos espirituales actuales. En todo caso, siempre se trata de reflexiones sugerentes, valientes, y, tal y como dice el autor, “disonantes”.

Analiza la evolución histórica de las instituciones, lo que supone para ellas la pérdida de su fundador, el valor y el sentido de la fidelidad y la interpretación correcta de la misma, para evitar que una mala interpretación de tipo literal se pueda convertir en una condena... La gestión del espíritu comunitario y grupal y de las capacidades y orientaciones personales.

Un tema muy recurrente en algunos capítulos es el de los nuevos carismas. Se ofrece una reflexión muy interesante a favor de una especie de

diversidad, desde el primer momento, porque la verdad no es monolítica sino sinfónica. En cierta manera, tanta insistencia se hace excesiva, ya que, en realidad, son muy pocos los receptores directos de este mensaje; pero el mismo Luigino Bruni aclara que esto en realidad es para todos los momentos carismáticos, los recientes y los que ya tienen siglos de historia, porque concluye la reflexión diciendo “el hecho de volver a las palabras de los comienzos de un carisma no supone una garantía, por sí mismo [...] Las palabras más importantes pueden llegar más tarde, cuando los acontecimientos y la historia han hecho madurar el carisma” (p. 82).

Se pronuncia a favor del cultivo de las relaciones abiertas, evitando la cerrazón de las comunidades, que a veces se produce incluso sin que los individuos que las forman tengan conciencia de estar haciéndolo. El análisis sociológico es especialmen-

te insistente en torno a las agrupaciones de tipo carismático, pero no es exclusivo, porque se refieren también a planteamientos más globales, de tipo económico o a partir de otras cuestiones, como por ejemplo la relación entre las buenas intenciones y los malos resultados, o la trampa que encierra el conformismo, las tipologías de las personas que conforman los grupos en función de las motivaciones de pertenencia a los mismos...

El libro es aparentemente sencillo, pero no lo es. Ayuda a retener y a centrarse en ideas muy importantes las páginas de color verde que aparecen en cada capítulo, en las que se ofrecen en letras de gran tamaño las ideas más importantes. El lenguaje es a veces poético, sugerente, con imágenes arriesgadas, hermosas, llenas de sentido y generadoras de reflexión provocadora.

Esteban de Vega

Jean-Marie PETITCLERC, *Reconstruir la fraternidad*, CCS, Madrid 2022, 71 pp.

La brevedad de este libro puede engañar, pues el contenido es amplio y profundo. El título es sugerente y acertado, puesto que realmente el libro se centra en el objetivo fundamental del título: la fraternidad. De hecho, se trata de una insistente apuesta por trabajar en favor de la fraternidad, siguiendo la invitación de la carta encíclica “Fratelli

Tutti”, de la que se hacen muchas referencias a lo largo de la obra. En la introducción se especifica que la situación actual de Francia (de hecho, aviso, Francia va a estar omnipresente), que es un mosaico multiétnico, multicultural y multirreligioso, hace especialmente urgente reconstruir este valor. Cita al filósofo musulmán Abdennour

Bidar para afirmar con él que la fraternidad universal es el valor que hoy reviste mayor importancia. Se trata, por tanto, de un acercamiento a la fraternidad no solo desde el ámbito religioso, sino universal.

Jean-Marie Petitclerc es un religioso salesiano, y así lo refleja desde el comienzo de la obra, pues las primeras páginas tienen un tono muy biográfico. Informa que se acercará a la fraternidad de un modo amplio, pero empezando desde lo más concreto: desde la experiencia de hermandad que vivió en su propia familia, en la relación con su hermano mayor, a quien admiraba de pequeño y a quien debe mucho. De ahí da el salto a su otra familia, la de San Juan Bosco, y de modo muy concreto a la experiencia de fraternidad que vive con sus hermanos de comunidad. Esta es una verdadera escuela de fraternidad, en la que se crece en la confianza y en la aceptación de la diferencia, convencido de que a los amigos los elegimos, pero no a nuestros hermanos: ni los de la familia de sangre ni los de la familia de religión.

De la experiencia de la comunidad salesiana dice: “Sé que no habría podido durar cuarenta años en el ejercicio de la profesión de educador especializado, acompañando a jóvenes en gran dificultad, sin el apoyo de los hermanos de mi comunidad” (p. 28-29). Es una afirmación muy sencilla, pero que ilustra desde lo concreto la importancia y

la trascendencia de la fraternidad. Ofrece en estas páginas múltiples consejos de San Juan Bosco, en torno a la vida de comunidad, todos ellos muy sencillos y prácticos, nucleares para la convivencia de las comunidades religiosas, pero también para la convivencia en general.

Y a partir de estas páginas se adentra en la fraternidad universal. Descarta la opinión de quienes piensan que la fraternidad humana es una utopía irrealizable. Por el contrario, se muestra convencido de que, puesto que es necesaria, hay que hacerla avanzar, y que es posible trabajarla con empeño. No estamos condenados a no avanzar. Para ello, es muy importante dedicarse a la mediación de conflictos. De nuevo acude a su experiencia para hablar-nos de un conflicto concreto en la ciudad de Chanteloup-les-Vignes, donde él actuó de mediador en un caso de violencia juvenil. La clave del éxito de aquella mediación consistió en “construir una política de ciudad realizada no *para* sino *con* los habitantes” (p. 39).

Se hace varias veces la referencia a los tres valores de la revolución francesa e insiste en que, si los valores de la libertad y la igualdad corresponden al orden del derecho, la fraternidad pertenece al del deber. Depende de cada uno, no es un valor que pueda imponerse. Es necesario luchar por los derechos, sí; pero también educar en la asun-

ción de la responsabilidad. Por eso, no podemos conformarnos con exigir el derecho de ser respetado, por ejemplo, sino también de apostar por el deber de respetar.

El contexto de laicidad en que nos movemos, opina, en absoluto reduce la necesidad de trabajar por la fraternidad. Al contrario, lo subraya. Con todo, no podemos olvidar que, yendo a la raíz de la fraternidad, tarde o temprano tendremos que hacer alusión a un padre común. Y ahí de nuevo aparece la referencia al papa Francisco, que nos afronta a nuestra realidad cultural, al constatar la dificultad de la fraternidad en un mundo donde Dios está ausente. En este sentido, los cristianos tenemos un camino recorrido, porque en nuestro caso la fraternidad no es primariamente un deber, ¡sino una gracia!

Se le nota cómodo al autor cuando en el libro se adentra en el campo

de la educación. Como salesiano, ve que el campo de la educación es un espacio privilegiado, aun en medio de sus dificultades, para educar la fraternidad, por medio del respeto, la tolerancia, la atención al débil, la prevención de la violencia...

Termina el libro con la imagen del mar, como auténtica escuela de fraternidad, puesto que hacerse a él exige coraje, trabajo colectivo, responsabilidad... Y también con una alusión a la pandemia, que nos ha llevado a situaciones límite, descubriéndonos con realismo nuestras necesidades de auténtica fraternidad.

Una lectura a la vez sencilla y profunda, amena, experiencial. Muy recomendable.

Esteban de Vega

José Luis BELMAR, *Orar, en dos palabras. La senda de la atención amorosa*, PPC, Madrid 2022, 350 pp.

Aunque el libro tiene este título tan sugerente, “Orar, en dos palabras”, lo cierto es que se trata de un tratado sobre la oración de 350 págs. Sin duda, nos encontramos con una contradicción evidente. Pero esta paradoja se resuelve en seguida, cuando, una vez iniciada la lectura, se comprende que José Luis Belmar acude a la experiencia de oración de San Juan de la Cruz y, a partir de ella, expresa la sabiduría que implica la oración. La primera

palabra, un verbo, es “quedarse”, que corresponde a la primera parte del libro, y la segunda, “olvidarse”, que es el título de la segunda parte. Ambos verbos están tomados de la expresión “Quedeme y olvideme”, de la canción 8 de *La noche oscura*. La tercera parte, más breve, es la unión de ambas palabras.

José Luis Belmar es muy consciente de que la oración compete al hombre y a Dios. En este libro, de forma

sencilla, amena, sabia, se detiene en lo que compete al hombre. Y, en primer lugar, le compete “quedarse”, un auténtico reto en esta época de prisas. José Luis Belmar es consciente de que crece el caudal editorial a favor de la lentitud y de un estilo de vida más pausado, porque estamos profundamente necesitados de él. José Luis Belmar nos anima a desaprender los hábitos de nuestra cultura, por eso propone, detenidamente, ejercicios de pacificación y quietamiento: posturas, respiración, inmovilidad...

“Quedarse” también tiene el sentido de “quedo”, expresión hoy muy poco utilizada, que significa silencioso o callado. El lenguaje, tanto en este capítulo como en todo el libro, es cercano, experiencial, muy comprensible, incluso cuando se adentra en nociones de filosofía del lenguaje, como por ejemplo en torno al símbolo, que podrían ser muy complejas.

José Luis Belmar advierte que lo que más dificulta encontrarnos con el silencio es nuestro ruido interior, producido por nuestra fijación en nosotros mismos. “El silencio consiste más en la falta de protagonismo del yo que en la falta de ruido” (p. 81). Las tres claves fundamentales en las que se centra en esta primera parte son la pausa, la mirada silenciosa y el arte de estar, con el fin de combatir la prisa, el ruido y la ausencia.

El segundo capítulo se dedica al “olvidarse”, con un sentido semejante al de conversión, cambio de mirada y capacidad de poner los ojos en otras realidades, desarrollando la capacidad de olvidar lo que ha sido nuestra vida, para desprendernos de las adherencias que se nos pegan, los caminos recorridos que no nos han conducido a ninguna parte, los hábitos de los que es necesario prescindir si realmente queremos dejar paso a la oración. Por ejemplo, la esclavitud que vivimos respecto al tener, los apegos... De ahí que dé mucha importancia al “soltar”, incluso aquello que creíamos saber sobre la oración: ideas, conceptos...

Invita a aceptar la realidad, diferenciando esta aceptación de la resignación o la indiferencia. Es importante adquirir la sabiduría de “no llevarle nunca la contraria a la vida, como los salmones que remontan el curso del río nadando a contracorriente” (p. 181). El libro, que pretende enseñar a rezar, se convierte poco a poco en una escuela para la vida, al invitar al abandono, la confianza y la amnesia saludable.

Hay una tercera parte en la que los dos verbos se unen: “Quedarse y olvidarse”. Aquí habla de la necesidad de contraprogramar, de olvidar lo aprendido. Invita a la práctica diaria, con consejos muy prácticos: tiempos concretos para orar, lugares libres de objetos, recogimiento, dedicación progresiva de tiempo,

posturas adecuadas... Incluso habla de la conveniencia o no de cerrar los ojos, de la necesidad de contar con muletas.

El libro nos pone en guardia respecto a muchos peligros, errores, equivocaciones en los que podemos incurrir. Mantiene un fondo de filosofía oriental, sin que la obra tenga globalmente esa orientación, al advertir contra la tiranía del ego y la visión equivocada que este provoca en el ser humano.

Está plagado de narraciones e historias que ayudan en la reflexión. Presenta algunas citas de distintos autores, pero no abusa de ellas ni de recomendaciones de otros libros. Quizá rompe esta regla con el clásico *La nube del no saber*.

La última parte resulta muy buena, especialmente el apartado que dedica a la oración y la vida. En este escribe no sólo de la relación que debemos procurar entre los momentos de oración y el resto de la existencia, sino también de cómo toda la vida debe ser oración, conciencia de encontrarnos ante la presencia de Dios. Y todo ello sin alha-

racas, de forma sencilla, sin buscar el grado excelso de la perfección, al cual solo están llamadas muy pocas personas. En este capítulo, por ejemplo, expone ideas tan sencillas y necesarias como esta: “Ser principiante no es un demérito cuando se trata de la oración. [...] Conviene acudir a la oración siempre como principiante, poniendo el entusiasmo y el interés que caracteriza a los novatos, cuidando los detalles de la práctica como se hace el primer día. [...] En cuestión de oración, el más desarrollado es el que se sabe que no lo es; reconocerlo no es la expresión de una falsa humildad, que de palabra dice una cosa y en el fondo cree lo contrario. Lo mejor que se puede desear a un orante es que sea sincera y eternamente principiante”.

El libro me parece muy recomendable. En todo caso, sí creo que podría ser bastante más breve, porque en ocasiones es excesivamente prolijo en pormenores y explicaciones demasiado largas, que no creo que sean imprescindibles; pero hasta en esos momentos el autor me parece un sabio maestro de oración.

Esteban de Vega

Alberto DOMÍNGUEZ MUNÁIZ, *Esperanza o el amanecer de la libertad. Una conversación con Johann B. Metz y William F. Lynch sobre la crisis de identidad en occidente*, PPC, Madrid 2022, 269 pp.

El prólogo de este libro, de tono muy afectuoso, es del Papa Francisco. En él cuenta cómo conoció al autor de

la obra, jesuita también, y reconoce la pertinencia del tema: la esperanza. Considera que esta virtud es

vital en nuestro mundo y señala la grandeza de esta obra concreta, en la que ve “un trabajo académico e interdisciplinar (sociología, psicología, filosofía, neurociencia, teología) que no le impide ser un texto ágil y, por momentos, bellamente escrito”, y con muchas implicaciones prácticas y pastorales.

Personalmente comparto la opinión del Papa sobre el libro respecto a su pertinencia, pero no tanto respecto a lo de la agilidad de su lectura; más bien, considero que, en conjunto, es una obra que merece la pena, pero que su lectura no es precisamente amena ni ágil. Se entiende cuando la pregunta que está de fondo es esta: ¿Cómo contribuye la esperanza en la configuración de la identidad humana? No es una respuesta fácil, y mucho menos si los autores a los que alude, no solo los dos que aparecen en el título, sino todos los demás, son densos y complejos. Porque, aunque en el subtítulo solo se nombran a Metz y a Lynch, también dedica la obra al estudio de autores como Charles Taylor, Michael P. Gallagher, Zigmunt Bauman y Gilles Lipovetsky, que, cuando se refieren al ser humano e intentan una antropología de acercamiento, han acuñado términos como “identidad blanda”, “débil” o de “falsa seguridad”.

En el libro se presentan, en las primeras páginas, datos preocupantes de los países occidentales respecto al contexto social y cultural en

que nos movemos: aumento de la depresión y los casos de ansiedad, del consumo de alcohol y drogas, de obesidad y estrés, de suicidios... Y, por encima de todo, aunque en otro tipo de análisis, un aumento desproporcionado del grado de individualidad y una reducción de la capacidad de socialización, que se ve en muchos ejemplos concretos: menos matrimonios, más divorcios, más ocio individual, más exigencia y vigilancia sobre las relaciones por parte de los jóvenes... El incremento de las redes sociales y la utilización de los videojuegos se pueden sumar a este tipo de indicios.

Al hablar de la esperanza, Alberto Domínguez Munáiz se ve obligado a dirigir una mirada a las tres virtudes teológicas, que necesariamente hay que ver en conjunto, pero que también necesariamente hay que ver separadas, para apreciar lo que significa cada una de ellas. En este sentido, es importante esta clarificación: “Se distinguen entre sí en tanto que la fe se asocia primariamente al conocimiento (intelecto), la caridad a la acción (voluntad) y la esperanza al holístico y dinamizador poder de la imaginación (la memoria de la mente)” (p. 31).

Son amplias y profundas las referencias a obras y autores a los que acude: *Spe salvi* del papa Benedicto XVI, *El principio esperanza* de Ernst Bloch, la *Teología de la esperanza* de Jürgen Moltmann y *The promise of*

Christian Humanism: Thomas Aquinas on Hope (La promesa del humanismo cristiano: la esperanza en Tomás de Aquino) de Dominic Doyle. Pero sobre todos ellos, como ya he indicado, destacan los dos autores que aparecen en el subtítulo de la obra: Metz y Lynch, porque ambos incorporan la autobiografía a su noción de esperanza y porque, además, no describen solo qué es esperanza, sino que también ofrecen un diálogo fecundo con el proceso de hacerse persona. Y también incorpora la reflexión de otros autores en torno a la identidad, desde el psicoanálisis (Freud, Erikson), la psicología cognitiva (Kohlberg), la neurociencia (Cyrulnik) y la filosofía (Mary Warnock). Con todo, debo reconocer que lo que dice de cada uno de ellos, a excepción de Warnock, que es más extenso, es muy poco clarificador. De Warnock, autora a la que dedica muchísimo más espacio, se hace muy interesante la reflexión sobre la memoria como componente fundamental de la identidad, y de forma muy concreta su aportación sobre la inteligencia artificial, en contraposición con quienes tienden a equipararla con la inteligencia humana.

En contraposición con la exposición de las ideas anteriores, me parecen muy clarificadoras las páginas que dedica a la descripción sociológica/filosófica de la modernidad/postmodernidad, siguiendo a Bauman, Taylor y Lipovetsky.

También es muy iluminadora la diferenciación que realiza Gallagher entre la secularización cuantitativa (número de creyentes, pertenencias y restos desde el punto de vista religioso) y la secularización cualitativa que trae consigo implicaciones en la identidad personal, que nos llevan a una “comprensión inarticulada de toda nuestra situación” (p. 106).

Alberto Domínguez Munáiz deja claro que el debilitamiento del elemento moral de la identidad en occidente está profundamente relacionado con el debilitamiento de la dimensión comunitaria de la identidad y de la sociedad, porque la moral presupone la dimensión comunitaria del individuo. Esta crisis de identidad no se explica solo a través de un mero análisis sociológico, sino que es necesario también un profundo análisis antropológico, en el que este libro se compromete, a partir del análisis del rol de la esperanza en la antropología teológica de Metz y Lynch.

Metz aborda la esperanza enraizada en la tradición bíblica. A partir de ella, sugiere una espiritualidad basada en la esperanza apocalíptica, poniendo los ojos en las víctimas de la historia. A partir de esa visión, propone resistir, transformar y construir estructuras más acordes al Reino de Dios; y escapar de la “amnesia cultural” y la “superficialidad amoral” a la que nos conduce el olvido de las víctimas y de

las injusticias. El Dios bíblico nos conduce al compromiso con el hombre sufriente.

Lynch también enfoca su antropología desde la debilidad humana, pero centrándose en la capacidad de confiar en el mundo y en los otros, para recibir la gracia de Dios. Ahora bien, la especificidad de Lynch, según Alberto Domínguez Munáiz, consiste en su continua alusión a la imaginación como potencialidad humana para vivir la esperanza, algo que también se aprecia en otros autores. Quizá lo que Lynch comprende por “imaginación” ayuda a entender por qué la considera tan importante, pues dice: “por imaginación no me refiero a la fantasía, sino al conjunto total de fuerzas en el ser humano que contribuye a la formación de la imagen contextual completa de un objeto” (p. 161). Desde esa comprensión se entiende mejor la vinculación que realiza entre la imaginación y la esperanza, para ofrecer desde ella una espiritualidad y sensibilidad al mundo moderno. Para Lynch, lo horizontal lleva a Dios, a lo vertical, sin abandonar la realidad; y a su vez, lo vertical contribuye a transformar el mundo. Y en esta relación, la esperanza no es algo extraordinario, para

cuando no hay ya remedio, sino que “ha de ser una disposición ordinaria que tonifica y alimenta la vida normal” (p. 175).

El libro culmina en el cuarto capítulo, en el que el autor realiza una reflexión sobre el modo en el que la esperanza contribuye a la identidad humana y cómo la rehabilita en tiempos de crisis. En este capítulo pone en diálogo a Metz y a Lynch. Es, a la vez, un capítulo más ameno porque propone ejemplos de vidas esperanzadas y de situaciones muy conocidas, que sorprenden en este capítulo respecto a lo que ha sido el libro en su conjunto: Federer y Nadal, Hunter Doherty (Patch Adams), “Joker”, recuerdos de la crisis económica, del covid, de la masacre de Ruanda...

Sí debo señalar una duda que surge desde el inicio del libro, en la introducción del autor, y es que esta obra es básicamente una traducción al español de un libro de 2021 de Peter Lang. Algo que llama la atención porque en ningún otro lugar, ni tampoco en la portada o contraportada, se cita a este autor.

Esteban de Vega

Carlo María MARTINI, *Encontrarnos a nosotros mismos*, Sal Terrae, Santander 2022, 260 pp.

En la nota inicial de la primera página se explica que este libro es una reedición de una obra clásica

de Carlo Maria Martini, que se publicó en 1996 y que fue traducida al español el año 1999. Han

pasado, por tanto, 25 años desde su publicación inicial en español y sigue conservando toda su validez, no solo porque en el prólogo así se exprese, sino porque realmente la lectura sigue siendo provechosa e interesante.

Lo cierto es que el título, una vez leído el libro, no parece el más adecuado. Da a pensar que en este libro nos encontraremos con contenidos que invitan al análisis psicológico, a la introspección o al autoconocimiento; y, sin embargo, el contenido del libro no va por ahí. Más que centrarse en la persona y en el encuentro con uno mismo, los distintos capítulos ofrecen contenidos de espiritualidad, de teología y de vida cristiana. Por supuesto que abordar estos contenidos pueden suponer también un encuentro consigo mismo, pero no parecen lo más significativo.

Cada uno de los capítulos del libro son totalmente autónomos, con una temática independiente de los demás; con todo, hay tres capítulos que aparecen seguidos, y que tienen una clara relación y continuidad entre sí, aunque también tienen un significado autónomo y completo en sí mismos. Estos tres capítulos son el tercero, el cuarto y el quinto, dedicados sucesivamente a los temas del pecado, la reconciliación y la conversión y el combate espiritual. Los otros tres capítulos que completan el libro tienen por temática el amor de Dios al hom-

bre, la escucha y la oración y la pascua de Cristo.

Todos los capítulos son profundos, pero sencillos de leer. Considero que esta es una de las mayores grandezas del libro. Su lectura comunica alegría, confianza en el ser humano, por sus capacidades de realización y por ser el objeto del amor de Dios, que nos invita a una existencia con más sentido y más amplia en la medida en que le permitamos entrar en nuestra vida y le reconozcamos como Padre que nos quiere. Comunican esperanza, a pesar de que algunos de los capítulos se refieren precisamente a la realidad más frágil y necesitada del ser humano, como el capítulo dedicado al pecado.

En todos los capítulos la referencia a la Palabra de Dios, especialmente a textos de los evangelios, es muy abundante. En algunos, incluso, el hilo conductor del desarrollo son los textos bíblicos que va ofreciendo. Todos son comentarios no de tipo exegético o erudito. Aunque se muestra como un gran especialista de la Palabra de Dios, el acercamiento que ofrece a la misma es de tipo vital, existencial, para facilitar la oración o la vivencia del mensaje que se comunica. Quizá uno de los capítulos más referenciales, en este sentido, sea precisamente el que dedica al combate espiritual, porque en él invita, desde el conocimiento de la Biblia, a vivir

con sentido, con confianza, con voluntad, reconociendo que la vida es lucha, que exige mucho, pero a la vez que Dios está de nuestra parte.

Efectivamente, que el libro tenga ya bastantes años de vida no le resta nada de actualidad y de pertinencia para el cristiano de nuestros días.

Esteban de Vega

EDUCACIÓN

Profesionales Cristianos, *Profesión y ecología integral: reto y pasión*, PPC, Madrid 2022, 164 pp.

La autoría de este libro no corresponde a una persona, sino a un conjunto de personas, denominado “Profesionales Cristianos”, que es una organización con vocación de servicio a los necesitados, y con deseo de ejercerla específicamente desde la práctica del ejercicio profesional: investigación, docencia, medicina, administración pública, empresa, abogacía, medios de comunicación... Desean realizar una aportación significativa en el ámbito de la cultura, con respeto y diálogo. Y ese deseo de aportación, concretamente, es lo que motiva este libro, centrado en la preocupación acuciante de la ecología.

La presentación corre a cargo de Roberto Vidal Failde y en ella introduce y sitúa muy bien al lector respecto a lo que se va a encontrar en el libro. Deja claro que la idea de progreso que tienen los Profesionales Cristianos es integral y que tiene que llegar a todos; si no es así, no podemos hablar de progreso. Medir,

por ejemplo, el grado de progreso por el nivel de consumo de una sociedad es profundamente erróneo.

Tanto la introducción como el conjunto del libro está escrita a la luz de la actualidad, por eso por sus páginas desfilan la crisis económica, la pandemia, las guerras, las desigualdades, las injusticias, el colapso climático... Pero todo esto, dentro de su gravedad, se presenta con una mirada esperanzada. Así se anuncia en la introducción y así lo hace cada uno de los capítulos, que ofrecen un enfoque esperanzador. De hecho, dice, hablando del colectivo responsable del libro: “Quienes forman el Movimiento de Profesionales Cristianos pertenecen a ese conjunto de mujeres y hombres que viven la esperanza como eje vertebrador de sus vidas a lo largo y ancho del mundo” (p. 13).

Cada capítulo está escrito por un autor o autora, o, en el caso del último, por una pareja. Los hay de

una orientación más teórica, o más comprometida o programática, pero todos con una clara mirada de inspiración cristiana y, como he dicho, de esperanza.

El primer capítulo, *¿De qué hablamos cuando hablamos de ecología integral?*, es de Trinidad Ruiz Téllez. En él se ofrece un recorrido histórico sobre la etimología del término, su origen, evolución, la necesaria introducción del ser humano al abordar el concepto de ecología... Todo ello, hasta llegar al concepto de “ecología integral”, como un nuevo paradigma relacional.

El segundo capítulo se titula *Claves teológicas y espirituales de la ecología integral*, y es de José Moreno Losada. En él aparecen muchas referencias, más aún que en el capítulo anterior, a *Laudato si*, y, algo menos, a *Fratelli Tutti*, ambas del papa Francisco. Culmina este capítulo presentando a un Jesús que, desde la opción por el más necesitado, pasa por ser mediador de la creación para ser el Cristo total y cósmico.

Más concreto me pareció el tercer capítulo, *Una mirada desde la doctrina social de la Iglesia de la ecología integral*, de Sebastián Mora Rosado. En ella la protagonista, como indica el título, es la doctrina social de la Iglesia, en la que ya aparecen los precedentes de la ecología integral que encontramos en *Laudato si*. Se

incorpora aquí alguna anotación sobre la Exhortación postsinodal *Querida Amazonía*.

El capítulo con un contenido más moral es el cuarto, que tiene por título *El principio compasión: vivir desde una ética samaritana*, de José Ramón Pascual García. Es una invitación a adquirir una mirada ética, para cuya motivación se sirve de datos, porcentajes, referencias al momento actual postpandémico... Desde ahí, realiza una llamada a la sociedad y a la Iglesia a esforzarse por lograr una mirada compasiva y comprometida, que ha de hacerse “con tiempo, con esperanza y con audacia” (p. 102).

El capítulo quinto es el más práctico, dedicado a *Algunos aprendizajes de la aplicación pastoral de la ecología integral*, y escrito por Galo Bilbao Alberdi. En él se presenta el contenido de un seminario de Transición ecológica y evangelización de la diócesis de Bilbao, que tuvo lugar en el curso 2020-21. Se ofrecen las constataciones y las conclusiones, de tipo pastoral, que tienen que ver con la conversión de la vida y la implicación personal y colectiva.

El sexto capítulo, *Creer, esperar, bendecir en medio de la emergencia*, cuyo autor es Jesús Sánchez Martín, está escrito también en el contexto de recuperación que implica la pandemia. En él se evoca la mirada creyente que suscitó reaccio-

nes que trajeron consigo lo mejor en medio de lo peor. Propone pasos a dar en el contexto de lo que supone el compromiso de la Acción Católica Especializada.

Finalmente, llegamos al séptimo capítulo, titulado *Jóvenes profesionales ante la pandemia: salvados por la comunidad*, escrito por una pareja: Maitane Campos Sainz y Álvaro Mota Medina. Su título y su contenido me parece especialmente pertinentes. Los dos autores forman parte de un grupo de jóvenes de entre 27 y 37 años, surgido de

la JEC y que se acercaron al Movimiento de Profesionales. Un contenido fundamental de este capítulo es la invitación a la comunidad, siguiendo las distintas características de la primera comunidad cristiana: la unión, la oración, el compartir fraterno...

La lectura de la obra es ágil, amena, y se puede ver complementada por la bibliografía, nada abusiva, que aparece al final de cada uno de los capítulos.

Esteban de Vega

FILOSOFÍA

Costica BRADATAN, *Morir por las ideas. La peligrosa vida de los filósofos*, Anagrama, Barcelona 2022, 326 pp.

El título y el subtítulo de esta obra nos llevan a pensar en un contenido en el que lo fundamental será la presentación de la vida y la muerte de determinados filósofos que ofrecieron su existencia para expresar con valentía su pensamiento. Y, efectivamente, algo de esto hay, aunque el libro ofrece mucho más. Las reflexiones que este libro presenta parten de un fondo común, que se expresa en la introducción: “Necesitamos la muerte para entender mejor la vida”. Eso se dice de toda muerte, pero la misma introducción nos va preparando para llegar a esta afirmación: hay un sentido aún más profundo en la muerte

de quienes deciden “morir por una causa, por algo más importante que ellos mismos” (p. 18).

La preciosa introducción del libro termina por afirmar que esta obra no va de polémicas filosóficas, sino de reconocer que lo que los filósofos escriben es algo solo preliminar, porque “la filosofía empieza donde acaban los escritos” (p. 28). La filosofía no consiste en escribir ensayos sino en actuar.

Cinco son los filósofos sobre cuya vida y, sobre todo, muerte, vuelve una y otra vez, de modo que su testimonio de vida y de muerte sirve

como hilo conductor de la reflexión que realiza: Sócrates, Hipatia, Tomás Moro, Giordano Bruno y Jan Patocka. Varias veces, de forma reiterada y con distintos matices, describe su muerte y las causas de la misma con minuciosidad, a veces poniendo el foco en las motivaciones de quienes les condenaron, y a veces centrándose en su modo de aceptarla, en sus palabras, sus silencios, el escenario en el que se produjo... Y muy especialmente, en las consecuencias que dicha muerte ha traído para la posteridad. De todos ellos extrae una idea que ya Platón había expresado, a raíz de la muerte de Sócrates, al afirmar que la filosofía es un arte de vivir solo en la medida en que nos ofrece un arte de morir.

En el libro se presentan dos grandes ideas, en las que insiste una y otra vez. La primera, quizá la más importante para Bradatan, es que la filosofía es sobre todo “autoformación” de uno mismo, del propio filósofo. Consiste en una forma de vivir y a la vez una forma de ser actor de la propia vida, en un deseo coherente de autorrealización. Y lo explica a partir del ejemplo concreto de los filósofos citados y de otros filósofos que, sin estar en el cuadro primero de los que han dado la vida por su filosofía, sí se han esforzado por vivir y formarse, autorrealizarse, a través de su pensamiento, como es el caso de Pico de la Mirandola o Michel de Montaigne. Y de-

dica un buen número de páginas al comentario de tres obras que para el autor son muy referenciales: los *Ensayos* de Michel de Montaigne (1580), *Ser y tiempo* de Martin Heidegger (1927) y el *Ensayo sobre la experiencia de la muerte* de Paul-Louis Landsberg (1936).

La segunda idea, de menor extensión, pero también de mucha intensidad, es que la muerte de estos filósofos les ha encumbrado de tal manera que su martirio ha sido origen de una especie de mitologización. Cada uno de ellos (Sócrates, Hipatia, Moro, Bruno, Patocka) son hoy mitos, fundadores de escuelas, referenciales, seguidos, incluso aunque de alguno de ellos sepamos muy poco y no conservemos ninguno de sus escritos, como es el caso de Sócrates o de Hipatia.

El autor es muy claro en la exposición de sus ideas, incluso cuando se refiere a filósofos o a obras realmente difíciles de entender, como es el caso de *Ser y tiempo*, de Heidegger. Incluso explica por qué Heidegger escribía de forma tan árida y se sirve incluso de ejemplos literarios para clarificar o ejemplificar alguna de las ideas más complejas de este filósofo sobre la muerte, sirviéndose de la novela de Tolstoi *La muerte de Iván Illich*. Del mismo modo, en otras ocasiones se sirve del ejemplo de películas, cuadros, novelas... Incluso aparecen en alguno de los capítulos imágenes de determina-

dos cuadros, películas, grabados... que facilitan la comprensión de lo escrito.

Este esfuerzo pedagógico lo realiza también mediante lo que denomina “entreactos”, especie de excursus literarios, en los que introduce comentarios, anécdotas, relatos... que ejemplifican la reflexión, la acotan y aligeran, la amenizan o la profundizan, de un modo asistemático, pero en casi todos los casos de forma muy atractiva y amena.

Gran parte del libro consiste en una reflexión sobre el modo en que los filósofos miran a la muerte y otra parte es para ver cómo mira la muerte a los filósofos. En su conjunto, el libro es ameno y sencillo, interesante; pero hay algunas partes que se hacen excesivamente repetitivas y un tanto tediosas, destacando en este sentido las páginas que dedica al modo en que Tomás Moro concibió a la muerte, a Dios y a la vida. Por el contrario, las páginas que dedica a la teoría del poder de Foucault o a la imagen del chivo expiatorio de Girard, o sobre el encanto y a la vez la dificultad de la filosofía de Heidegger y las contradicciones de su propia vida, son sumamente interesantes.

Tanto en el caso de Tomás Moro como en el de Sócrates, Bradatan se muestra un tanto cáustico y escéptico, al afirmar que ambos preparan mucho el escenario de su

muerte. En el caso de Tomás Moro, rodeándola de un aura de santidad que no correspondía exactamente con la realidad, que era mucho más contradictoria e imperfecta; y en el caso de Sócrates, o mejor dicho, de Platón, que es quien nos ha pasado todo el legado de Sócrates, mostrando su sorpresa por el hecho de que este discípulo narrara de forma tan excesivamente bella la muerte del maestro. ¿No será, dice que en el fondo Platón tiene que embellecer su muerte porque guardaba un cierto sentimiento de culpabilidad?

En todo caso, salvando estas excepciones, Bradatan se muestra admirado por la vida de los filósofos, hombres carentes de poder o que, si tenían un poder, era el de decir la verdad, lo cual, siguiendo a Foucault, aleja necesariamente del poder y conduce hacia el martirio. En ese caso, es lógica la pregunta: “Si los filósofos no tienen poder, ¿por qué los matan?” (p. 246). Precisamente porque no tienen poder. Es más: se trata, normalmente, de personas bastante desvinculadas de la vida social, al contrario de los políticos. A pesar del tono globalmente desenfadado del libro, el amplio número de notas que se recogen al final y la amplísima bibliografía con que termina el libro dan buena cuenta de lo seria y profunda que es la reflexión que se ofrece en esta obra.

Esteban de Vega

VARIOS

Fernando ARAMBURU, *Hijos de la fábula*, Tusquets, Barcelona 2023, 312 pp.

El éxito de la novela “Patria”, de Fernando Aramburu, hace que cualquier nueva publicación suya cree un alto clima de expectación, máxime si se anuncia que el contenido de la misma es de nuevo el tema de ETA. Y eso es lo que ocurre con “Hijos de la fábula”: una nueva novela sobre la realidad del terrorismo. En el anuncio de esta novela, entre otras cosas, se decía que era una obra “irónica, demoledora, divertidísima”. Y los tres adjetivos tienen su razón de ser, porque la ironía está presente desde la primera página, en toda la trama; es demoledora, porque arremete contra todo mito, creencia y poesía terrorista, hasta el escarnio; y es divertidísima, porque toda la trama discurre por unos derroteros que destilan humor y cierto grado de ternura respecto a los dos protagonistas que, sin embargo, no impide que aparezca también la amargura. Esta no se puede evitar porque, aún en este clima de humor e inconsciencia, el objetivo de los dos protagonistas es la muerte y la destrucción.

Dos jóvenes de 20 y 21 años, Asier y Joseba, dos militantes de ETA, o más bien dos aspirantes a serlo, se encuentran en Francia esperando alguna comunicación para empezar a actuar. No tienen ni experiencia, ni contac-

tos, ni planes... Esperan, sencillamente, preparándose como buenamente pueden, para pasar a la acción, sin conocer el francés ni tener una mínima relación con el matrimonio francés que les ha acogido en su propiedad, de los cuales también desconocen prácticamente todo. Cuando las noticias que les llegan con cuentagotas dan a entender que ETA ha dejado la lucha armada, se enrocan en su ideal y se niegan a abandonar la lucha armada, lucha que ni han emprendido, ni conocen, ni saben cómo iniciar. A partir de ahí, como niños, inician un camino, cegados por un empeño que les devora, viviendo situaciones que provocan la hilaridad.

Es una novela que se lee con mucha facilidad, sabiendo que se trata de una parodia, que los personajes son excesivamente ingenuos, torpes, románticos, inexpertos, como para ser reales; pero, a la vez, intuyendo que las ideas que expresan, por desgracia, aunque sean torpemente esgrimidas, estaban en la mente de quienes promovieron y cometieron, de un modo real, los asesinatos, los secuestros y los crímenes.

Junto a estos dos personajes, que en algún momento me han recordado, aunque sea muy de lejos, a D. Quijote,

te y Sancho Panza, por el idealismo de uno y el realismo de otro, aparecen otros de menor importancia. Destaca María Cristina, la joven igualmente idealista, de gran corazón y bondad natural, pero capaz de abrazar cualquier idea de tipo libertario sin que pase por la criba de una mínima racionalidad. Es capaz de entender la locura de Asier y Joseba, de unirse a ella, de mezclar el ideal con la pasión, el amor, la diversión, la venganza... y embarcarse en una aventura sin mañana.

El final de la novela es demoledor. Podría ser distinto, porque Aramburu podría haber previsto un final en el que el humor y la ingenuidad continuaran, abriéndose a algún horizonte que pudiera resultar de alguna forma redentor; pero no es así. Claramente Fernando Aramburu cierra las puertas a cualquier propuesta de final feliz, porque el final de una trayectoria que busca la venganza, la violencia y la destrucción, aunque venga vertido con ideas de liberación, solo puede acarrear la muerte, la desesperación y el abandono.

Pedro SIMÓN, *Los incomprensidos*, Planeta, Barcelona 2022, 300 pp.

No es habitual la reseña de una novela en "Sinite"; pero creo que incluir concretamente esta breve reseña está más que justificado. Se trata de la tercera novela de Pedro Simón, escritor y periodista. Su temática, su estilo, sus reflexiones, el modo de ir resolviendo la trama, que se va desarrollando muy poco a poco, que a veces se ve venir, pero que no deja de sorprender en cada página, hacen de esta una novela singular. Una problemática humana, familiar, sin alarmismos y sin concesiones.

No quiero desvelar, obviamente su trama. Basta decir que se trata de un relato sobre los problemas de relación entre unos padres y su hija adolescente, con una serie de particularidades muy concretas, pero que comparte muchos de los lugares comunes de tantas familias. Como

en el libro se dice, los problemas relacionales se pueden dar en cualquier familia, sea cual sea la clase social de la misma. Esa es la temática global, pero en torno a ella aparecen otros muchos elementos que dan a la novela una profundidad y un encanto muy especial: la fuerza de la costumbre por la que nos movemos, a veces liberándonos gracias a ella y a veces condenándonos, los cambios que se producen en las personas con el cambio de tiempo, lo que supone el progreso económico en la vida de las familias, los modos de vivir en los distintos barrios de las ciudades, dependiendo de la clase social de quienes los habiten...

En cada uno de los capítulos van apareciendo expresiones breves, de gran intensidad descriptiva, que tienen el valor de tesis doctorales:

“Lo malo de una casa grande es que tocas a más metros, pero a menos gente”; “lo bueno del teletrabajo es que estás más con tu familia. Lo malo del teletrabajo es que estás más con tu familia”; “Estábamos a unos metros de distancia de ti, pero ni nos veíamos”; “Crecer no tiene que ver con mirar más lejos y desde más arriba, sino con hacerlo con más desconfianza”; “La noche es un diván lleno de espinas. Una habitación a oscuras no es buen lugar para un armisticio con uno mismo.” Y como estas expresiones, muchas más.

En el libro aparecen dos protagonistas principales, el padre y la hija, que van narrando la historia, alternándose los capítulos, cada uno de ellos desde su visión particular, muy real, pero muy cerrada en su propio mundo, que desea abrirse al otro, pero que se siente incapaz de hacerlo, por encontrarse anclada en su propia visión. Pero también aparecen otros personajes, que aportan su propia comprensión de la realidad y sus características personales: la madre, los abuelos, los tíos, los amigos. Destaca en medio de este puzzle que a veces encaja y a veces no lo logra, la tía Clara, un

canto al optimismo, la comprensión y la esperanza.

El libro parece una visión pesimista, pero no lo es... Por el contrario, en medio de todas las situaciones de va reflejando una luz que poco a poco va cobrando más protagonismo: la luz del amor y de la comprensión, la capacidad de ponerse en el lugar del otro, como única forma de desenredar la madeja que poco a poco va logrando encontrar el orden y el camino en medio de tanto caos.

Al final del libro es el propio padre el que ayuda a entender que el término “incomprendidos”, título de la obra, no se refiere solo a los adolescentes, que se sienten de esa forma frente al mundo de los adultos, sino que se puede referir igualmente a todos: por supuesto, a los adolescentes, que ni siquiera se comprenden a sí mismos; pero también a los padres, a los amigos, a los abuelos, a todas las personas cuya vida se va configurando de una determinada medida que difícilmente se puede entender si acercarse con una mirada comprensiva.

Esteban de Vega

Álvaro RODRÍGUEZ ECHEVERRÍA, *El testamento de La Salle. Un canto a la vida recibida y una pasión por la vida amenazada*, La Salle, Madrid 2022, 153 pp.

Este libro es un recopilatorio de las charlas que el H. Álvaro Rodríguez

Echeverría, antiguo Superior General de los Hermanos de las Escue-

las Cristianas, dirigió en distintas tandas de retiro. Todas tienen un denominador común: la referencia al testamento de San Juan Bautista de La Salle, redactado cuatro días antes de su muerte, que sucedió el 7 de abril de 1719. Ante la muerte, las cosas secundarias pierden valor y nos centramos más fácilmente en lo esencial, y ante ella adquieren un peso especial los elementos que han marcado la vida de la persona. Por eso, la mirada al testamento de La Salle ofrece la oportunidad de dirigir los ojos a lo esencial, al fundamento de la vida. A esa esencialidad nos invita a volver la mirada el H. Álvaro, con el ánimo de vivir intensamente en los días de retiro la experiencia de convertir el corazón a Dios, porque solo un corazón enteramente convertido a Dios podrá ver la realidad tal cual es y podrá responder a las necesidades de los niños y de los jóvenes evangélicamente, tal y como nos proponía San Juan Bautista de La Salle.

Y, además, nos dice el H. Álvaro, ante la muerte podemos realizar la consagración más radical de nuestra vida, “el máximo de entrega y una confianza total” (p. 14). Además de la referencia al testamento, aparecen en el libro múltiples citas, de muy diversa extensión, y de muy diversos pensadores: poetas, filósofos, santos, Papas, Hermanos, biógrafos de San Juan Bautista de La Salle, expertos en vida religiosa... y muy

especialmente, citas del propio Fundador. Y cada uno de los capítulos ofrece, al final, un buen número de preguntas que invitan a la reflexión y a la conversión a la que ya he aludido.

La temática de los diversos capítulos no solo es la temática que aparece en el testamento de San Juan Bautista de La Salle, sino que es además una temática muy adecuada para vivir un retiro centrado en la vida propia de los Hermanos y de los lasalianos:

- La vida trinitaria, como vida en el amor.
- La dedicación a la mayor gloria de Dios, expresión muy querida para La Salle, que en el fondo es la vida plena de cada persona.
- La Iglesia, a la que el Fundador recomienda “sumisión”, y que en la época del Fundador pasaba por momentos candentes en Francia, lo cual nos permite ver un claro paralelismo con el momento actual.
- El seguimiento de Jesús, del que especifica dos caminos con especial intensidad: la oración y la eucaristía. Al hablar de la oración, se me han hecho especialmente interesantes los tres elementos básicos del método de oración: tener a Jesús ante los ojos (adoración), tener a Jesús en el corazón (comunión, unión) y tener a Jesús en las manos (hacer su voluntad).

- María y José, como ternura de Dios y vivencia de la misión de un modo humildemente incondicional.
- El ministerio realizado con celo.
- La autoridad vivida como servicio.
- La vuelta al Fundador como una vuelta al Evangelio.

Estos son los grandes temas, pero hay uno más que adquiere una extensión y una intensidad especial, muy propio cuando se trata de San Juan Bautista de La Salle y del mundo lasaliano: la comunidad, a la que dedica varios capítulos. Los seguidores de San Juan Bautista de La Salle ya no pueden ser sin comunidad, por eso la insistencia de La Salle: “Nada debéis pedirle con mayor insistencia que esta unión de espíritu y de corazón con vuestros Hermanos” (Med. 39,3). Esta unión que pedimos al Padre es una unión íntima, de espíritu y corazón, que no significa amor platónico y descarnado, sino profundamente real. En cierto modo, dice el H. Álvaro, consagrarnos a Dios supone consagrarnos a los Hermanos y hacer de la

fraternidad un signo del Reino ante el mundo, especialmente necesitado hoy. Para La Salle, la unidad de la comunidad tenía mucho que ver con la obediencia, y para el H. Álvaro la unidad de comunidad y obediencia se traduce hoy como discernimiento comunitario; discernimiento que supone a la vez libertad interior y actitud de radical disponibilidad a la voluntad de Dios.

En el capítulo que dedica a la autoridad vivida como servicio, el H. Álvaro comparte seis principios que le parecen fundamentales y que expresa con sencillez y con vehemencia, que recogen muy bien el espíritu de La Salle. Estas seis ideas me parecen especialmente importantes para el momento actual, por eso termino con ellos esta reseña: las personas siempre por encima de las estructuras; la apertura a la realidad; la mediación de los jóvenes; la escucha de los pobres; la asociación con los seculares y siempre en camino sin certezas absolutas.

Esteban de Vega

María Ángeles LÓPEZ ROMERO, *Serás Recuerdo, serás Olvido*, Khaf, Madrid 2022, 350 pp.

Las dos palabras que aparecen en el título tienen mucho que ver con la trama de la novela y con el hilo conductor de todo lo que ocurre en ella. Desde el comienzo del libro se revela que la protagonista, Dina,

ha sido informada de que sufrirá la enfermedad de alzheimer, y eso provoca en ella una profunda reacción psíquica, con la que tendrá que batallar en el presente, mirando siempre al futuro. Pero en

esa mirada al presente y al futuro, aparecerán también muchas referencias del pasado, de ahí que el recuerdo, el olvido, el deseo de recordar, la necesidad de olvidar, vayan a ser situaciones constantes a lo largo de la obra. Las reflexiones sobre la conveniencia del recuerdo, sobre la historia personal que ayuda a vivir como maestra de la existencia, sobre la capacidad de perdonar y de olvidar el mal que nos han hecho... Todo esto es el tejido básico sobre el que se va desarrollando la trama de la novela.

La pérdida de los seres queridos es también parte nuclear del argumento de la novela, pérdidas no esperadas, que golpean la vida y de las que es difícil sobreponerse, pero que necesariamente hay que afrontar. Y más difícil aún cuando hay sospechas razonables para pensar que la muerte no ha sido natural sino provocada por terceras personas.

No desvelo la trama de la novela, pero por las páginas del libro desfilan situaciones humanas de muy diverso tipo, como por ejemplo el mundo de la trata de blancas, de la corrupción política, de la solidaridad. El mundo de las relaciones humanas, tan necesarias y fundamentales para vivir con sentido, pero tan llenas de espinas, la enfermedad, la amistad, el apoyo incondicional de la familia... Creo que lo más importante de este libro es esta red de relaciones, tan bien descritas, mucho más que la tra-

ma de la investigación del posible asesinato, que carece de interés y que se desarrolla y resuelve de un modo un tanto artificioso. Las escenas de encuentro con las amistades y con la familia son quizá las páginas más logradas de este libro, es decir, el campo de la relación, que preserva la memoria y que ayuda a mantener nuestros recuerdos y los ancla en momentos muy especiales, por los que merece la pena seguir viviendo, aunque en nuestro alrededor y en nosotros mismos nos encontremos habitados por el caos. Estos encuentros alientan la esperanza, dan razones para vivir y llenan lo cotidiano de hábitos saludables que salvan.

Se aprecia también por parte de la autora un amplio conocimiento del mundo editorial, periodístico, literario y del arte en general. En este sentido, el libro describe con realismo ámbitos culturales y contactos con personas de carne y hueso que existen, como por ejemplo la entrevista con el filósofo Javier Gomá con motivo de la presentación de su libro "Dignidad", en la sede de la Fundación March. Todos estos datos son reales: el autor, el libro, la Fundación...

Esteban de Vega